Antropología lingüística: nuevas relaciones entre lengua y cultura

Marcela Adriana de las Heras de Zanini Matos
(Profesora colaboradora del Instituto Cervantes de Río de Janeiro)

Entender la relación que existe entre lengua y cultura, ha sido objeto de curiosidad de varias disciplinas, entre ellas la lingüística antropológica, que enfoca el estudio del lenguaje de acuerdo con la genética y el desenvolvimiento humanos, pero dentro de la antropología, hacia fines del siglo XX, otra disciplina surge con el propósito de contribuir con ese objetivo y consigue hacerlo, haciendo interesantes aportes en estos campos de estudio. Estamos hablando de la antropología lingüística, que estudia al ser humano analizando el lenguaje con que se comunica, y centra su interés en el lenguaje desde un enfoque diferente al utilizado por otras áreas de investigación que simultáneamente le sirven de base para su construcción.

El objetivo de esta comunicación es analizar esta nueva propuesta y contrastarla con el objeto de estudio de otras ciencias. Si bien se puede considerar que la formación de la antropología lingüística es considerablemente reciente, ya ha podido mostrar que ha adquirido su consolidación teórica y metodológica, las cuales ha ido creando gracias al aporte de diferentes propuestas. Su esencia radica en ver las lenguas, citando las palabras de Amparo Tusón Valls, «como constructos humanos que son síntoma y parte de la vida de los pueblos y a la vez instrumentos de comunicación y de representación del mundo» (Duranti, 2000: 8).

Al focalizar su estudio en los usos lingüísticos que se producen en el seno de la vida social, es capaz de explicar el significado que «estas formas lingüísticas» pueden adquirir de acuerdo con los contextos en que son utilizadas, permitiendo así establecer patrones de interacción capaces de revelar una imagen del mundo antes desconocida y descubrir las relaciones que los individuos (seres sociales) pueden entablar entre sí.

Es a través de sus análisis que podemos obtener una visión detallada que nos permite observar que el funcionamiento de las lenguas es capaz de construir identidades individuales y colectivas. Estos análisis hacen aportes de información consideradas valiosísimas al respecto de las relaciones (de poder, de solidaridad, de dominio o de resistencia) que las personas, vistas como verdaderos agentes sociales, van construyendo, manteniendo y cambiando.

De esta forma, tanto los procesos *cognitivos* como las estructuras sociales pueden explicarse a pesar de su complejidad, teniendo en cuenta su realidad, por cierto bastante diversificada, tanto cultural como social. En todas las lenguas se pueden encontrar variantes inesperadas y sorprendentes, ya que cada una de ellas contiene puntos de vista auténticos y propios capaces de desmenuzar la realidad de forma tan minuciosa que en ocasiones, en especial a los que las desconoce-

mos, nos pueden resultar extrañas. Así, en lenguas como el náhuatl es posible encontrar palabras para designar partes del cuerpo que no existen en otras lenguas, por ejemplo, esta lengua, según consta en la tesina presentada por José Antonio Díaz Rojos, *Lengua, cosmovisión y mentalidad naciona:*

> dispone de un término genérico para designar las fosas nasales, la abertura de la boca y el resto de los orificios del cuerpo (tlecállot), que significa literalmente «húmero, chimenea», posee palabras para nombrar los pelos del cuello (cocotzontli), la cabeza comprendiendo la cara (tzontecomatl) y sin ella (cuaitl), la parte lateral y acanalada de la quijada (camachala) y los pliegues flácidos a los lados de las comisuras de los labios (tentzotzol), entre otros términos.

La introducción de un nombre concreto en una categoría determinada puede presentar ciertas oscilaciones, las que no indican otra cosa que las variaciones culturales y cognitivas dentro de una misma comunidad lingüística. Por otro lado, la vitalidad de los sistemas clasificatorios no es estable sino variable, pues existen lenguas en las que el desgaste semántico de los clasificadores los transforma en puros morfemas desprovistos de semántica. Según consta en la tesina de Díaz Rojo:

> En otras lenguas, estos clasificadores se emplean para jerarquizar a los seres y cosas, mediante la agrupación de estas en clases superiores e inferiores. En thai, por ejemplo, hay entre otros, los siguientes clasificadores: a) phrá?on, que se adjunta a los nombres que designan a Buda, a las divinidades y a la realeza; b) rûup, para sacerdotes, monos e ídolos; c) naan, para mujeres; d) chiak, para elefantes; e) tua, para otros animales. Estas clasificaciones han merecido la interpretación de algunos antropólogos, que ven en las mismas una forma peculiar de categorizar el mundo y crear una cosmovisión, frente a quienes creen que son clasificadores convencionales, con una función estrictamente semántica, pero no cognitiva. Todo lleva a pensar que los clasificadores cumplen más una función comunicativa que representativa. Lejos de emplearse para describir el mundo categorizando la realidad con fines cognitivos, estos medios se usan más bien como recursos semánticos para comunicar dicha realidad.

Dicho de otro modo la antropología lingüística presenta el estudio del lenguaje, «como un recurso de la cultura, y el habla como una práctica cultural» *(*Duranti, 2000: 21). Los antropólogos lingüísticos, ven a los sujetos de su estudio, es decir, a los hablantes, primeramente como «actores sociales», es decir, como integrantes de comunidades, singulares y, al mismo tiempo, complejas, que funcionan articuladamente como un conjunto de instituciones sociales, y bajo la influencia de una telaraña de expectativas, creencias y valores morales que no llegan a superponerse y sí a entrecruzarse.

Aunque la antropología lingüística también se define por sus métodos etnográficos, estos métodos no son bajo ningún punto de vista los únicos, hay otras disciplinas interesadas en investigar la conducta humana que siguen procedimientos parecidos, pero no idénticos. Los antropólogos lingüistas también atribuyen una

gran importancia a las prácticas de escritura, o sea, a los modos en los que el habla y otras actividades consideradas simbólicas se documentan primero por medio de diversas convenciones de transcripción y con el auxilio de nuevas tecnologías, para que luego sean accesibles al análisis y la argumentación.

Veamos a continuación, cómo la antropología lingüística se nutre de una de las disciplinas que toma de base y que al mismo tiempo auxilia al relacionarse con ellas.

¿QUÉ LE INTERESA A LA ETNOGRAFÍA?

Como vimos anteriormente, al considerar las formas lingüísticas, la base formadora de la vida social, es que se hace necesario encontrar una conexión entre las mismas y las prácticas culturales, y la etnografía nos brinda la oportunidad de utilizar un conjunto de técnicas que permite conseguirla.

La etnografía no es otra cosa que la descripción documentada de la realidad social hecha a través de las actividades, las formas simbólicas y materiales y las prácticas de interpretación que caracterizan a un grupo específico de individuos. Lo que se cuestiona en esta disciplina es el grado de «objetividad» con que se analizan sus estudios.

A los etnógrafos les interesa, según señala Duranti (2000: 132):

- Lo que hace la gente en su vida diaria (ej. Las actividades en las que participan, cómo se organizan, por quién y para quién).
- Qué fabrican y qué usan (artefactos).
- Quién controla el acceso a los bienes (productos de la tierra) y tecnologías.
- Qué sabe la gente, qué piensa y siente.
- Cómo se comunican unos con otros.
- Cómo toman las decisiones (ej. Qué está bien o mal, qué se permite, qué resulta raro, insólito, qué es verdad).
- Cómo clasifican los objetos, los animales, las personas, los fenómenos culturales.
- Cómo organizan la división del trabajo (ej.: en géneros, edades, clases sociales, rangos, etc.).
- Cómo se organiza la vida de la familia/el hogar, etc.

Saber cómo se constituye la sociedad y la cultura es su principal interés. Los etnógrafos recopilan información bajo la pretensión de conocer básicamente:

1. La constitución del orden social, y
2. El porqué de la forma de vivir de algunos individuos en contraste con otros y el sentido que ellos le dan a su estilo de vivir.

Cuando se dice que los etnógrafos actúan como mediadores culturales, se le da énfasis al hecho de que sienten, piensan, hacen sus interpretaciones y actúan

siempre dentro de procesos más amplios y complejos. La etnografía es un estudio interpretativo, y por tal motivo debería dedicarse a aumentar la profundidad de las descripciones. Los antropólogos lingüísticos, dice Durante: (2000: 139):

> contribuyen a la definición actual de la etnografía, a sus objetivos, condiciones y resultados ha puesto el énfasis en la necesidad de que nuestros sujetos hablen, tanto como sea posible, con sus voces y sus cuerpos, que cuenten las historias que cuentan habitualmente en su vida cotidiana (2000: 139).

¿QUÉ LES INTERESA A LOS ANTROPÓLOGOS LINGÜISTAS?

A los antropólogos lingüistas les interesa (Duranti, 2000, 143):

- La organización básica de la relación entre sonidos y significados, tal como aparece en el uso del lenguaje real en las diversas actividades sociales y (siempre que existan ya descripciones gramaticales) hasta qué punto las anteriores descripciones gramaticales reflejan el uso del lenguaje real, o tan solo usos especiales, como los orientados a la alfabetización.
- Las conceptualizaciones locales de lo que constituye un «lenguaje», lo que incluye caracterizaciones del habla de recién nacidos y foráneos.
- La distribución espacial de los usos del lenguaje. (Por ejemplo: ¿Ocupa un lugar central la actuación verbal pública? ¿Existen diferencias entre los modos de usar el lenguaje en las diferentes partes de una casa?)
- Los rasgos y significados culturales de lo que se entiende como ritual o lenguaje ceremonial frente al habla cotidiana.
- La distribución social de estilos, géneros y acontecimientos de habla. Por ejemplo, ¿De qué modo los diferentes grupos sociales se desmarcan de los demás mediante registros lingüísticos especiales o actuaciones verbales?
- La medida en que las teorías locales sobre la estructura lingüística y el uso del lenguaje guardan relación con las cosmologías locales.
- El papel de la socialización lingüística en la configuración de la persona, la mente y las relaciones sociales.
- La interpretación de códigos distintos (Por ejemplo: el habla, la gestualidad, la ropa) en la constitución de los mensajes y sus interpretaciones.

¿CÓMO PODEMOS VER ESTA RELACIÓN DE CONCEPTOS EN EL AULA?

Analizar la conversación, es decir, la interacción existente en los actos de habla, nos ofrece tanto variadas como útiles herramientas de análisis y conceptos que los convierten en una muestra del orden social a la luz de la cultura, que colabora para que dicho orden exista y no carezca de significado. Los estudios que realizan los analistas conversacionales, sugieren que tanto los antropólogos lingüísticos como los analistas de la conversación pueden diferir a la hora de hacer

preguntas, porque la noción de significado, propia de cada una, es diferente. En antropología, se sostiene que los significados se presentan no sólo en el lenguaje, sino también en los valores de carácter social, religioso y familiar entre otros. Hagamos entonces un análisis de un ejemplo de actos de habla, el uso del cuerpo humano, la interferencia de la gestualidad, la jerarquización que los hablantes pueden establecer un análisis de la visión en la interacción.

Ejemplo: El habla supone una alternancia de turnos entre los distintos hablantes. Las personas no sólo preguntan, responden y ordenan, también participan y colaboran con la construcción simultánea de diferentes unidades de significado dentro de una secuencia de actos. Por ejemplo los saludos, las personas usan diversas expresiones, fórmulas, pero para entender el porqué de sus usos primero necesitamos ver que son producto de una secuencia de dos turnos producidos por dos hablantes diferentes. Un individuo dice algo y alguien contesta. El primero, el que da inicio a la secuencia, condiciona y crea una expectativa sobre lo que dirá el segundo. En general, el tipo más habitual de habla cotidiana no consiste en palabras sueltas, sino en cadenas de enunciados que armoniosamente escogen y ajustan las palabras con las que darán continuidad a la secuencia. En la mayoría de las conversaciones (espontáneas y no bajo sistemas de pre- asignación), el orden de los hablantes y la extensión de su intervención se negocia durante la interacción. Es durante esta negociación que aparece, por ejemplo, la jerarquización. En español, esta jerarquización se ve diferenciada por el *usted* o el *tú*, aunque podemos citar el caso de algunos países voseantes, donde el *vos* es el tratamiento familiar o de confianza, el t*ú* de formalidad intermedia y el u*sted* el tratamiento más formal. Lo que determina esta jerarquización, no siempre es el contexto en que se produce el acto conversacional, sino la actitud, el comportamiento, la vestimenta, la escala de valores de orden social, las creencias y el lenguaje no verbal que los sentidos de los hablantes puedan captar, construyendo así identidades, cuyas fronteras están constantemente rehaciéndose y negociándose a través de miles de actos de habla.

BIBLIOGRAFÍA

Díaz Rojo, José Antonio, 2004, «Lengua, cosmovisión y mentalidad nacional», *Tonos: revista electrónica de estudios filológicos* [revista en línea], n.7, Disponible en <http://www.um.es/tonosdigital/znum7/estudios/clengua.htm.

Duranti, A, 2000, *Antropología Lingüístic*a, Madrid, Cambridge University Press.

Gallardo Pauls, Beatriz, 1998, *Comentario de textos conversacionales*, Madrid, Arco/Libros, pp. 14-31.

Yule, George, 1998, *El lenguaje,* Madrid, Cambridge University Press.